

Nombrado Arquelao sucesor de Herodes, iba a salir para Roma a pedir su confirmación a Augusto, cuando estalló en Jerusalén una sublevación terrible. Impresionado el pueblo por los suplicios de Judas y Matías, querían que se castigara a los consejeros de Herodes y que se destituyera al gran sacerdote Joazar. Un destacamento enviado para hacer callar a los que vociferaban contra Herodes, fue recibido por una lluvia de piedras, y tuvo que huir. Arquelao tuvo que emplear todas sus fuerzas, vertiendo torrentes de sangre para restablecer la paz.

Sofocado el motín, Arquelao partió para Roma, dejando poderes a Filipo. Antipas le siguió de cerca, y otros miembros de la familia fueron allá también para pedir que Palestina se anexionara al imperio. De todas formas, Antipas les parecía preferible a Arquelao. Se sometió la resolución a Augusto, que se inclinó en favor de Arquelao, pero no quiso dictar sentencia en el acto.

De nuevo hubo sublevaciones en Palestina. Quintilio Varo, legado de Siria, las dominó, pero luego volvieron a empezar. El patio del templo fue otra vez campo de batalla. La muchedumbre judía ocupaba los techos de los pórticos y tiraba piedras a los soldados. Una parte de los soldados de Herodes se puso al lado de los rebeldes, pero el cuerpo de los sebastenes, que era el más sólido, opuso a los judíos una resistencia encarnizada. En Galilea, Judas (hijo de aquel Ezequías mandado ejecutar por Herodes) se apoderó de un depósito de armas y reunió un pequeño ejército muy fanático. En Perea se proclamó rey un antiguo esclavo de Herodes llamado Simón. Un pastor llamado Ethrog, que tenía cuatro hermanos, también armó una partida en la campiña de Judea. Aquello era una total anarquía, sin plan ni dirección general. Varo pudo acabar fácilmente con estos movimientos desordenados. Dos mil desdichados fueron crucificados, y el orden reinó de nuevo.

Todavía Augusto no se había decidido, cuando recibió una nueva embajada de Jerusalén. Los diputados eran cincuenta, pero en Roma se les reunieron más de ocho mil judíos. Su programa era nuevo. Consistía en prescindir de todos los príncipes de la familia de Herodes, como odiosos a la nación, y en constituir en república al pueblo judío, con sujeción a las leyes judías y bajo el protectorado de Roma. Toda la población judía de Roma los apoyó, porque representaban el sentimiento de la nación. Los judíos no podían formar un Estado independiente, pero bajo el patrocinio de un gran imperio habrían realizado tal vez antes lo que realizaron más adelante, en la época del califato de Bagdad: una comunidad libre y

autónoma. Así pensaban los príncipes herodianos, pero no se atrevían a sostenerlo para que no pareciese que abandonaban a Arquelao, aunque le odiaban. Filippo sostenía a Arquelao, y Antipas se limitaba a pedir la ejecución lisa y llana del último testamento de su padre.

Se celebró la conferencia en el templo de Apolo Palatino. Los republicanos, sostenidos por los judíos de Roma, solicitaron la disolución del reino herodiano. Pidieron que se los libertara del principado de Arquelao, y que, anexionándolos a Siria, dependieran únicamente de la administración romana: entonces se vería si su naturaleza era tan revolucionaria como se afirmaba, o si eran los hombres más bondadosos y pacíficos cuando se les gobernaba con moderación.

Nicolás de Damasco defendió calurosamente a Arquelao, intentando desvirtuar los cargos hechos a Herodes, y diciendo que era de cobardes acusar a un muerto. Aachacó los males ocurridos a los revolucionarios, incapaces de comprender la Ley.

Augusto despreciaba profundamente a los orientales, a los *groeci*, como él los llamaba. Le parecía bueno para aquella gente el sistema de los *reges socii* y lo mantuvo y mandó cumplir el último testamento de Herodes, pero no dio a Arquelao más que el título de etnarca. Unió a Siria las ciudades de Gaza, Gadara e Hippos, y dio a Salomé otras, el palacio de Ascalón y una cantidad enorme. Aquella mujer odiosísima, causa principal de todos los crímenes de su hermano, vivió doce o catorce años más, legando su cuantiosa fortuna a la emperatriz Livia.

Augusto había prometido a Arquelao que le nombraría rey cuando lo mereciese, pero nunca llegó el día. Arquelao continuó las tradiciones de su padre: fue duro, fastuoso, cruel, menos inteligente y menos hábil. Construyó buenos edificios por la parte de Jericó. Su casamiento con Glafira, viuda de su hermano Alejandro, causó muy mal efecto. Al cabo de unos diez años, el descontento contra él se hizo universal. Los judíos y los samaritanos se pusieron de acuerdo para pedir a Augusto que lo destituyera. Augusto lo mandó venir a Roma, lo destituyó y lo desterró a la Galia (año 6 después de Jesucristo).

Fue entonces cuando Augusto decidió seguir el parecer que nueve o diez años antes le habían dado los diputados judíos. Las posesiones de Arquelao (Judea, Idumea y Samaria) fueron anexionadas a Siria con un gobernador del orden de los caballeros. Pero los diputados se habían forjado grandes ilusiones sobre el grado de autonomía que se podía disfrutar en esta organización. Los Herodes eran malos judíos, pero tenían el sentimiento del judaísmo. Los romanos no lo tenían por faltarles el sentido religioso. La idolatría les pareció a los judíos la base de la organización romana. Cada día creció el odio del judío al romano: estaba en vísperas de aparecer el devoto armado de puñal en defensa de la Ley. Al cabo de sesenta años tenían que ocurrir forzosamente desastres.

En efecto, el régimen de Judea, que desde el año 44 fue el de toda Palestina, no era ni el de una provincia romana completa, ni el de una parte de provincia que recibía directamente órdenes del legado imperial. El procurador de Judea dependía del legado de Antioquía, pero no era un simple subgobernador. Los gobernadores podían ser del orden consular, del pretoriano o del ecuestre. El gobernador de Judea, re-

sidente en Cesárea y no en Jerusalén, era de la clase más ínfima.

Primeramente se cumplió el pacto con mucha lealtad. Los judíos ofrecían sinceramente sus sacrificios y plegarias por el emperador. Roma hacía sus grandes concesiones sobre puntos importantes. El judío estaba libre del servicio militar, mientras lo prestaban los cesáreos y los sebastenes, que eran excelentes soldados. Las monedas de cobre en Judea no llevaban la efigie imperial. Las águilas y los estandartes con la imagen del emperador no entraron en Jerusalén. Después se cansó la frialdad romana, sobre todo en tiempo de Pilato. Parecieron insoportables a los judíos el censo y el impuesto. Ajenos a la idea del Estado, como todos los teócratas, no pagaban la contribución que debe el hombre pacífico a la fuerza que le asegura la paz. A los procuradores les molestaban aquellas susceptibilidades exageradas, que no podían comprender.

Relataré más adelante en mi *Historia de los orígenes del cristianismo* la continuación de los sucesos de la historia judía hasta el año 180 de nuestra Era. Durante siglo y medio la historia judía y la historia cristiana son absolutamente inseparables. La historia del nacimiento del cristianismo no es más que un capítulo de la historia de Israel, y la serie de hechos a lo largo de este período extraordinario no admite escisiones.